

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

EL NOMBRE DE JESÚS

TODO un milagro se necesita para que sean verosímiles los encantos y los atractivos que encierra una sola idea, un solo nombre. En pos de un nombre, en prosequimiento de un ideal, se lanzan con entusiasmo indescriptible á las empresas más árduas, á los más rudos trabajos, multitud de hombres que se les pudiera creer insensatos á no reconocer en ellos una perspicacia superior y una prudencia nada común. Un solo nombre compendia á veces un mundo de sentimientos, de afectos y de aspiraciones. Un solo nombre resume un pasado glorioso y un porvenir sonriente y halagüeño: atesora infinidad de recuerdos gratísimos, y descifra un secreto de inapreciable valor. El misterio que un solo nombre encierra, endulza todas las penas, es el lenitivo de todas las amarguras, templá todos los rigores, suaviza todas las asperezas, allana todas las dificultades y enjuga todas las lágrimas vertidas al contacto de una desgracia. ¡Cuántos corazones habrán latido con violencia á la sola pronunciación de un nombre bendito mil veces, mil veces aclamado, mil veces escuchado con religiosa reverencia! ¡Cuántas veces se habrá sentido el empuje de un resorte poderoso que comunica vida, calor y entusiasmo á todos los actos que ejecuta una alma que lleva impreso el sello de su inmortal grandeza, expresada con un simple vocablo, encerrada en una sola palabra pronunciada con efusión! Pasemos inadvertido que el nombre de una cosa es simplemente un signo con que se la representa en su ausencia del teatro de la conversación humana; porque el signo inequívoco de co-

sas grandes viene á participar de la grandeza de las mismas.

Es, pues, maravillosa la virtud mágica que encierra un solo nombre para mover y agitar en diversos sentidos las más secretas fibras, los más escondidos resortes del corazón humano. Cuando se oye pronunciar el nombre de un amigo, de un bienhechor generoso y magnánimo, aunque tal vez sea sin referirlo á su persona, la figura de ésta, sin embargo, se reproduce grandiosa en el alma del amigo y del favorecido, y allí descuella por encima de todos los homónimos juntos, absorbiendo ella sola toda la intensa emoción de que es capaz aquella alma. Por esta causa, el nombre de Jesús es tan sublime, tan poderoso para despertar en las almas toda suerte de afectos nobles; por eso su invocación es tan popular, tan usada entre cristianos para expresar cualquier extrañeza, cualquier sorpresa, y para dar á conocer cualquier emoción repentina. Cualquiera que sea el grado de cultura que se posea, los más doctos como los más indoctos, en casos análogos de excitación, todos reflejan el mismo sentimiento, todos expresan la misma idea, invocando todos el mismo nombre. Porque debe tenerse muy en cuenta que lo que establece diferencias de modalidad en las almas cristianas no es la mayor ó menor cultura, el diverso género de educación científica y artística ó bien la simple carencia de una y otra. Lo que establece esta diferencia, ó por mejor decir, lo que abre abismos insondables entre un alma y otra ó bien entre diversas situaciones reales de una misma, es la bondad ó malicia moral que respectivamente la adorna ó afea. Esto es todo; pero no por eso los malos cristianos dejan de experimentar sensaciones hondas ante la invocación del nombre de Jesús. El infierno mismo se arrodilla al oír este nombre, dice San Pablo. Nadie permanece indiferente, no hay sér que quede petrificado, después de una invocación tan conmovedora, tan tierna para unos y tan terrible para otros. A fuerza de familiarizarse con un vocablo, aunque éste se emplee por vía de exclamación, llega á ser articulado sin el menor esfuerzo y sin casi reflexionar sobre su significado; pero el nombre de Jesús tiene tal expresión

de dulzura, que nunca se hace estéril ni se vuelve árido para los que de buena fe lo pronuncian: siempre ofrece de una manera más ó menos perceptible un dejo indefinible de suavidad á quienes, obrando por un hábito de reverencia, siquiera por un momento no reflexionen, invocan en instantes dados este dulcísimo Nombre.

Ciertamente no existe nombre alguno que conven- ga á Dios de un modo adecuado, es decir, que exprese cabalmente la realidad divina como ella es. Todos los nombres con que solemos nombrar á Dios designan, á lo menos en la manera de aplicárselos, una esencia limitada, ó quizá una cualidad que observamos en las criaturas. Por los efectos que en nosotros causan las divinas perfecciones, designamos á éstas con los mismos nombres con que se designan las cosas criadas que producen efectos semejantes; y como hay dentro de la creación causas universales excelentes, se infiere que tienen de suyo cierta excelencia los nombres que, designando primitivamente estas causas, se consagran posteriormente á designar las divinas perfecciones. El Nombre de Jesús significa Salvador. Esta significación es de por sí grandiosa y excelente, puesto que un salvador es un bienhechor universal, generoso y decidido, á quien acompañan siempre la gloria, la fama y el aplauso universal. El Nombre, pues, de Jesús es, cuanto cabe en la mente humana, glorioso y perdurable; pero refiriendo este Nombre á la Persona de Aquel Bienhechor Sumo que nos abrió los cielos, sujetándose El á las miserias de la tierra, no tiene medida la excelencia que cabe á este histórico, celeberrimo y dulcísimo Nombre. La Persona Augusta de Jesús suele también designarse con otros nombres más ó menos expresivos de los diferentes títulos, en virtud de los cuales atrajo los hombres hacia Sí. Denomínasele "Señor," por su supremo dominio sobre todas las cosas, no sólo en cuanto Creador, sino en cuanto restaurador de toda la creación. Denomínasele "Cristo," por su condición de sacerdote perpetuo, cabeza perenne de un orden de sacerdotes que es en la tierra, y será en todos los siglos, el único y verdadero. La Sagrada Escritura con estas distin-

tas denominaciones pretende darnos á conocer los diversos respectos que la misma Persona guarda en orden á nosotros. El Evangelio, que nos le presenta en su vida mortal enseñando, obrando y padeciendo por nosotros, apenas le da otro nombre que el de "Jesús". Y este parece el nombre más histórico, más real, más humano; porque no ya sólo entre los personajes del Antiguo Testamento, sino hasta en la misma genealogía del Salvador se conocen algunos de este nombre.

Posteriormente, en plenos usos cristianos, el nombre "Jesús," siguió comunicándose á los hombres cual si no fuese privativo del Salvador, como lo es, verbi gracia, el nombre "Cristo". Lo que importa es honrar este nombre, invocándole con reverencia en los instantes de mayor peligro. El recuerda la Humanidad de Cristo Nuestro Señor, su historia, sus sacrificios, y por eso evoca al cristiano mil ideas de consuelo y esperanza. Santa Teresa solía encabezar sus cartas con este dulce Nombre, y el Beato Enrique Susón lo grabó en su pecho con un puñón de hierro candente. Es de suma importantancia que el cristiano lo grave en su corazón de manera que nunca se borre.

FR. R.

SANTIFICACIÓN DE LAS ALMAS

EN qué consiste esta santificación? ¿Cuál es la obra misteriosa que el Espíritu de Jesús vino á realizar en los Apóstoles y realiza continuamente en las almas que se dejan conducir por sus suaves impresiones? Para declarar algo de ella, menester sería lenguaje del cielo. Todas nuestras menguadas expresiones no hacen más que empequeñecerla, si con ellas pretendemos manifestar perfectamente lo que en realidad es. Sobrepuja infinitamente á los humanos conceptos, y las imágenes más bellas que puede prestarnos el universo sensible nada nos dicen de su hermosura, nada de su grandeza y magnificencia. ¿Qué hay en la naturaleza,

por ricas é inagotables que sean las armonías y bellezas que el alma poética descubre en ella, que nos pueda proporcionar ligerísima idea de la Vida divina? *¡La Vida divina!* A tan soberanas alturas es necesario acudir para comprender algo de la santificación, puesto que en participar el alma de esta Vida inefable consiste esencialmente.

En efecto; la santidad cristiana, el glorioso ideal á que es llamado con vocación divina todo cristiano no es otra cosa que una participación sustancial del mismo Sér de Dios, de la misma Vida que Dios vive en los inefables resplandores de su infinita Esencia. Esta Vida divina se nos comunica en germen por el Bautismo, adquiere su perfeccionamiento mediante las buenas obras que, unidos á Jesucristo por los Sacramentos y movidos por su Espíritu, hacemos en el transcurso de nuestra vida mortal, y se consuma en el cielo, en donde seremos una perfectísima imagen de Dios, porque le veremos, no en el espejo de las criaturas como ahora, sino en su propia Esencia. Tal es en breve resumen la obra del Espíritu santificador en nuestras almas. Detengámonos un poco en cada uno de los tres momentos de su verificación.



Lo primero que obra el Espíritu Santo en nosotros es hacernos *hijos* de Dios, partíciperos de su divina Naturaleza, miembros de la gloriosa sociedad en que viven eternamente las tres personas de la Trinidad beatísima. Verifícase esto de ordinario en el Bautismo, mediante el cual somos engendrados á la Vida divina. Es este el más solemne momento de nuestra vida. La asombrosa dignidad que aquí se le comunica al hombre levanta su naturaleza sobre todo lo criado, encúmbra la en alturas inaccesibles á todo humano deseo ó pensamiento. Dejado el hombre á sus solas fuerzas, jamás pudiera columbrar ni mucho menos tender ó aspirar al destino que Dios en sus eternos consejos le había prefijado. ¿Qué es el hombre para que pueda llamarse con toda verdad hijo de Dios? ¿Qué no dista la Naturaleza increada de nuestra vil y baja sustancia? A pesar de todo, el Amor divino salvó tan enormes distancias; al despreciable gusanillo, que le había ultrajado, irguió hasta Sí é hizole participante de su mismo Sér, de tal manera, que un día llegó á decirle: *Tú eres mi hijo, pues hoy te he engendrado.*

Es tan excelente esta dignidad, que apenas es creíble. Por eso las divinas Escrituras no se hartan de hablarnos de ella para quitarnos la desconfianza y convencernos plenamente del amor infinito que Dios nos tiene. Por eso unas veces se compara El con la gallina que cobija amorosa bajo las alas sus polluelos, otras con el pastor que corre presuroso en busca de la oveja perdida, otras con la madre que, llena de ternura, lleva á su hijito colgado de sus pechos; ora se llama nuestro esposo, ora se da el dulce nombre de amigo, padre, hermano, maestro y otra multitud de apodos para significarnos con tanta variedad de títulos que todas estas cosas es El para nosotros. Pues si es así, como de verdad lo es, puesto caso que Dios lo dice, ¿qué resta sino que á nosotros competan los nombres correspondientes á los que El se da? Si El es nuestro padre, sin duda que nosotros somos sus hijos, y así de los demás nombres. Esto testifica el real Profeta: «Yo he dicho: Dioses sois vosotros é hijos todos del Excelso». Si, pues, somos hijos del Excelso, sin duda hemos nacido de El, como lo dice San Juan, y, por lo tanto, debemos ser herederos de su gloria, coherederos con Jesucristo, puesto que somos hermanos suyos. ¿Qué nos resta después de tanta grandeza? Que nos llenemos de gozo pensando en esta sentencia del Discípulo amado: «¡Carísimos! Ahora somos hijos de Dios; y todavía no se manifestó lo que después seremos, porque estamos seguros de que, cuando se manifieste, seremos semejantes á El, pues lo veremos como en Sí es».

(Continuará).

UN MODELO DE VIRTUD

(CONTINUACIÓN)

FRAY Rafael profesaba á la Inmaculada un amor sin límites. Las palabras que hemos citado son garantía suficiente. Pero este amor, al parecer insuperable, estaba subordinado á otro más intenso, más universal y absoluto, que era como el centro de todas sus anhelantes aspiraciones, al amor de Jesús. «Todo lo he de hacer por Jesús

crucificado»; he aquí la primera regla de conducta que se había propuesto observar durante su noviciado. María Inmaculada era para su alma un refrigerio, un descanso al sentirse fatigado por el trato continuo con Jesús, y al mismo tiempo un medio para volver á El. Al leer sus dulces coloquios con el divino Maestro, no parece sino que había encarnado en aquella alma el espíritu del devotísimo San Bernardo.

Nadie mejor que él puede expresar la intensidad y elevación á que llegó aquella hoguera de amor que ardía en su pecho. En la última resolución del reglamento que se propuso al principio de su noviciado dice así: «Puesto que á pesar de nuestras innumerables ingratitudes Jesús nos ama hasta el extremo de querer habitar entre nosotros, en todos los momentos del día que me queden libres iré á postrarme delante de este soberano Maestro, que es nuestro amigo más fiel y nuestro asídúo compañero. Cada día iré, pues, al oratorio, y después de rendir profundo homenaje á este Maestro del Cielo, le expondré mis necesidades y le pediré su favor por la intercesión de la Bienaventurada Virgen».

En otra ocasión le sorprendemos precisamente cuando acababa de tributar estos homenajes á su divino Maestro. «Vengo de ofrecer mis homenajes al Sagrado Corazón, escribe él; le he jurado un amor eterno y hacer todo únicamente por su amor. He firmado un pacto con este adorable Corazón, según el cual todos mis pensamientos, todos mis deseos, todos los latidos de mi corazón serán para El. En virtud de este pacto, siempre que llevare la mano al pecho, será esto señal de que no quiero tener afecto alguno que no se dirija á Jesús. ¡Oh cuán misericordioso es El sufriendonos á pesar de nuestras ingratitudes: cuán bueno concediéndonos que podamos perseverar en su amor é inspirándonos el deseo ardiente de servirle!

«Estando ayer contemplando su Corazón pareció que me decía: *Amo tanto á los hombres, que no puedo resolverme á dejarlos de amar; por eso estoy siempre pronto á la puerta de su corazón.* Nosotros somos el tesoro de Jesús, puesto que continuamente permanece ó en nuestro corazón, cuando le damos allí entrada, ó á la puerta de él cuando somos tan ingratos que le rehusamos el acceso. El Señor nos persigue incesantemente con su amor, en especial á mí, la criatura más miserable y despreciada. Creo verdaderamente que si no tuviese una alma hecha á imagen de Dios, debería ser

colocado debajo del gusanillo de la tierra: sería en realidad más abyecto que él y más indigno de la vida, puesto que él no es reo de culpa y yo sí. Y, sin embargo, Dios me ama, me ama, sí, no puedo dudarlo, pues cada vez me da pruebas más patentes de su amor. ¡Oh cuán dulce y consolador es pensar en Jesús! Buen Maestro, tomad mi corazón, abra-sadlo, consumidlo en el fuego de vuestro amor. Tomadlo, oh dulcísimo Maestro, arrancadlo de mi pecho y colocadlo junto al vuestro para que, permaneciendo constantemente cerca de ese fuego de amor, se inflame en él para siempre. *Cor mundum crea in me Deus (Psal. L, 12)*: Cread, Señor, en mí un corazón puro. Os entrego este corazón según lo tengo al presente. Sé que no puede agradaros, porque no está exento de toda mancha. Pero ¿quién sino Vos puede hacerlo puro, dulce y humilde de modo que sea capaz de agradaros? ¡Oh María! á Vos recurro de nuevo. Una madre jamás abandona á su hijo por malvado que sea. Madre de Misericordia, tened, pues, compasión de mí. Ayudadme á purificar mi corazón, para que atraiga las miradas de vuestro Hijo y establezca en él su morada. Yo deseo, oh Madre mía, permanecer en el Corazón de Jesús, y que éste permanezca en el mío. Pero ¿cómo será posible unificar dos corazones tan opuestos? Introducidme Vos misma en el Sagrado Corazón de vuestro Hijo. Su llaga permite entrar fácilmente. Una vez dentro de este Santuario adorable, deseo no salir jamás de allí. ¡Oh buen Maestro! venid, venid, apresuraos, porque mi corazón os desea. Yo deseo amar, y fuera de Vos no encuentro cosa digna de mi amor. Yo deseo amaros porque sois infinitamente amable. Deseo amaros porque Vos me habéis amado primero. Lo deseo porque no os he amado bastante en la juventud. ¡Oh Belleza siempre antigua y siempre nueva! tarde he aprendido á amaros. Para reparar ese tiempo perdido duplicaré en adelante mi amor. Deseo amaros por último, oh buen Jesús, para agradar á vuestra divina Madre. ¿Acaso podría Ella adoptarme por hijo si yo no amase á su Jesús? Y si María rehusa acogerme bajo su protección ¿qué será entonces de mí? ¡Oh Dios mío! ¡oh Salvador mío! ¡oh Madre mía! vuestro soy para siempre!»

Pocos días después de haber escrito Fr. Rafael estos afectos tan ardientes é íntimos hizo una visita al lugar en que, según la tradición, permaneció la Magdalena después de la Ascensión del Señor. Es fácil adivinar la impresión que sen-

tiría aquel espíritu que moría de amor al penetrar en la gruta en que la hermana de Lázaro consumió largos años ocupada solamente en amar. «¡Qué impresión tan dulce he experimentado, exclama él, al penetrar en aquella mansión donde todo respira amor! Las lágrimas han humedecido mis pupilas; eran lágrimas dulcísimas. Parecíame ver aún la Santa en éxtasis sobre aquella roca eterna: la imaginación me la representaba invitándonos á unirnos con ella para dar gracias á Aquel que ha querido enseñar al mundo dónde y cómo se rehabilita un corazón grande y magnánimo. ¡Oh gruta profunda y misteriosa! gruta donde se ora, donde se llora; verdadero centro donde los corazones muertos vuelven á la vida; bendita seas para siempre. Ah, sí, lo comprendo; aquí es donde se retiró esta amante del Dios de la Misericordia. Y ¿dónde pudiera encontrar María Magdalena lugar más favorable? Esta soledad desierta ¿no es por ventura el refugio natural de una gran penitente? ¡Oh María Magdalena! también yo he pecado mucho; haced, pues, que ame mucho á mi Dios y Señor, para que me sean perdonadas mis ofensas. ¡Oh María Magdalena! estas gotas de agua que sin cesar se desprenden de lo alto de la gruta produciendo al caer un sonido tan dulce y quejumbroso ¿no me dicen que para obtener el perdón de mis faltas es necesario llorarlas como vos las habéis llorado? Por eso os suplico que tengáis piedad de mí, que intercedáis por mí y me obtengáis el don de lágrimas. ¡Oh si el llanto y suspiros que con tanta abundancia he derramado en esta gruta valiesen como lo más mínimo de los vuestros! Con sólo eso me tendría por feliz.

«¡Dios mío! ¡dulce Jesús mío! ¡Virgen María! ¿cuándo volveré á esta morada austera? ¿No es acaso esta la última vez que tengo la dicha inefable de arrodillarme y de orar allí donde se arrodilló y oró María Magdalena? ¡Oh Dios vengador de la iniquidad! no permitáis que este santuario bendito sea profanado por las manos impuras de los ministros de Satanás, ni que el impío penetre á este lugar santísimo para traer aquí la devastación y el sacrilegio».

En estas últimas palabras revela ya Fr. Rafael cierto presentimiento de un suceso tristísimo que no se dejó esperar: algunos meses después él con sus hermanos de hábito, tomaban el camino del destierro.

(Continuará).

Historia del Convento de San Esteban

por el P. Alonso Fernández, O. P.

CERCA de cuatro siglos han transcurrido desde que el Padre Alonso Hernández escribió su admirable *Historia del Convento de San Esteban*, y esa historia que encierra tantos tesoros de literatura y de edificación, que contiene como el *substratum* de innumerables y preciosos documentos hoy perdidos, que traza un cuadro sublime donde se deja ver nuestro pasado en todo su esplendor, esa historia permanece aún desconocida del mundo culto, inédita en un siglo en que la prensa publica un contingente enorme de frivolidades y bagatelas que ninguna atención merecen. Para sacarla, pues, del olvido en que ha estado hasta el presente, creemos muy útil publicar en nuestra revista por lo menos la parte que trata de los ejemplos de santidad y virtud que dió esta fecunda casa en los primeros siglos de su fundación. Su lectura ha de ser sumamente provechosa é interesante para todos, porque sabido es que el P. Hernández, conocido ya por otras obras que andan impresas, es considerado como uno de los mejores clásicos de la edad de oro de nuestra literatura. El Sr. Menéndez Pelayo, juez competente en la materia, le califica de *elegantísimo* (*Historia de los Heterodoxos españoles*, t. II, p. 540), y puede asegurarse que en gusto literario igualó al P. Granada. La *Historia del Convento de San Esteban* es una de sus mejores producciones: es un verdadero tesoro de literatura, de información y sobre todo de lectura edificante é instructiva. El atento lector podrá comprobarlo por sí mismo.

LIBRO PRIMERO

Contiene los varones ilustres en santidad que en estos cien años postreros el religiosísimo Convento de Salamanca de la Orden de Predicadores ha producido; y lo que en beneficio común de la Iglesia Católica han trabajado en la reducción de herejes, conversión de gentiles y en la conservación y aumento de la observancia regular.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LOS PRINCIPALES MOTIVOS POR DONDE EL CONVENTO DE SAN ESTEBAN DE SALAMANCA HA GANADO EL GRANDE NOMBRE QUE TIENE EN ESTOS REINOS DE ESPAÑA Y EN OTRAS PROVINCIAS Y NACIONES.

Habiendo emprendido referir los gloriosos frutos que los ilustres hijos de Santo Domingo de la célebre casa de Salamanca han dado á la Iglesia universal, he dudado muchas veces proseguir su historia conociendo que el argumento es desigual y superior á mis fuerzas; porque son tantos y tan heróicos los servicios que han hecho en los Concilios generales, en la propagación de la fe entre idólatras, en la impug nación de las herejías, en la defensa y conservación de la autoridad pontificia y en otras innumerables ocasiones importantísimas, que apenas se hallará en todas las provincias que profesan el nombre de Cristo comunidad, colegio ni convento alguno que se pueda conferir con éste, sin quedarle muy inferior y reconocerle ventajas manifiestas.

Seis causas principales hay, bastante cada una de ellas, para ilustrar y engrandecer una congregación ó familia; y todas juntas se hallan en esta casa y la hacen ilustrísima: por haber engendrado muchos ilustres varones en santidad; por haber tenido hijos señalados en la dilatación del Evangelio entre gentiles; por haber criado sujetos que valerosamente han defendido la religión católica y conservádola entre herejes; por haber fundado ó reformado otras religiones ó casas y provincias; por haber asentado la sana y católica doctrina en las Universidades; y lo último por haber servido á los Pontífices y á los Reyes con grande fidelidad en cosas importantes.

Que esta ilustrísima casa haya producido muchos santos prodigiosos en letras, vida y milagros, con que han edificado y causado admiración en estos reinos y también en los extraños, iráse manifestando en diversas partes de esta historia.

Que haya tenido ilustres hijos señalados en la dilatación del Evangelio, entre gentiles conocerá quien considerare las muchas provincias, naciones y reinos que los religiosos de esta casa han traído al conocimiento de Dios, dejados los errores y supersticiones de su ciega idolatría. Notoria cosa es que por su predicación las islas Españolas, Cuba y adyacentes admitieron el Evangelio. Lo mismo acabaron felicísima-

mente en los amplísimos reinos de la Nueva España, Guatemala, Chiapa y la Verapaz, aprendiendo con mucho trabajo la diversidad de lenguas de aquellas naciones. Los riquísimos reinos del Perú, Quito y Chile con sus extendidas provincias, por ministerio de los hijos de este convento, tuvieron noticia de nuestra santa fe, y se bautizaron.

Y no contentos estos varones apostólicos con el copioso fruto que en el Nuevo Mundo hicieron, se partieron á las remotísimas islas del Archipiélago del Asia, llamadas de Luzón, donde maravillosamente plantaron la fe de Cristo, trayendo innumerables almas á ser hijas de la Iglesia. Los que allí dieron principio á la conversión de la celebrada nación de las Chinas fueron los santos Obispos frailes de este religiosísimo convento.

Que esta casa haya engendrado valerosos hijos, defensores de la religión católica, echará bien de ver el que pasare los ojos por las vidas y gloriosos hechos de los que en medio de Alemania, con ánimos intrépidos, se opusieron á la insolencia de los herejes, sin poderse acabar con ellos que firmasen el *Interin* ó *Confesión augustana*, los cuales, desechando ricos Obispados, ofrecidos con instancia por los Césares, siguieron su vocación, leyendo Teología en las Universidades del Imperio, para extinguir con el agua de su sabiduría el furioso incendio que Lutero había levantado. Y no contentos con sólo esto, pasaron á Inglaterra, y reformaron las principales Universidades de aquel reino, sembrando en él tal fruto de doctrina, que autores muy graves afirman se debe atribuir á estos doctísimos y santos Maestros la semilla de católicos que se conserva hasta estos tiempos en su Isla. Y después, hallándose en el Concilio universal de Trento, en presencia de todos los Padres y en pública sesión de aquella santísima Congregación, convencieron y confundieron á los heresiarcas que algunos potentados de Alemania habían enviado.

También, por haber reformado este convento otras religiones, provincias y casas, las cuales son en tan excesivo número, que con dificultad se podrían referir. En estos reinos de España, y en la religiosísima provincia de Aragón, los hijos de esta casa asentaron la observancia y la establecieron con su propia sangre con tan buen pie y felicísimos progresos, que no han cesado de producir innumerables santos, y en esta Orden es tenida por madre fecunda de toda santidad. Visitaron también las provincias de Portugal y An-

dalucía, y en diversas veces han visitado nueve provincias que esta familia de Predicadores tiene en las Indias Occidentales. Finalmente, los que visitaron otras religiones por orden de los Pontífices Romanos y de los Reyes de España presidieron á sus Capítulos y les dieron leyes y constituciones que guardasen fueron hijos de este observantísimo convento.

Que haya fundado insignes Universidades, testigos son de esta verdad la célebre Universidad de Coimbra, que para asentar en ella la Facultad de Teología el Rey D. Juan III, su fundador, llevó Maestros doctísimos de esta casa. En la insigne Universidad de Alcalá, en sus primeros años, hijos de este convento leyeron sus principales cátedras y plantaron la doctrina de los Padres y Doctores Santos de la Iglesia: como también en nuestros días acuden á ella á ese asunto. Lo mismo en la de Toledo en sus principios y después con sucesión continua de muchos y muy doctos Maestros; y en las dos Universidades de la América, en la de México y Lima.

Finalmente que se hayan señalado sus hijos en servir á los Pontífices y Reyes en cosas de suma importancia, se manifiesta claramente por lo mucho que han hecho en defensa de la autoridad Apostólica, en ocasiones en que los herejes y algunos católicos ignorantes la enflaquecían. Y no sólo en las cátedras con doctos comentarios, sino públicamente, en las Cortes de los Reyes, han salido á su defensa. Ellos son los que han reclamado contra los errores que se sembraban en Salamanca en tiempo de Sixto IV y de Adriano VI, y los que doctísimamente los confutaron en un Concilio que D. Alonso de Carrillo, Arzobispo de Toledo, por orden del Pontífice Romano congregó en Alcalá. Son los que, no sólo en España, sino en el Nuevo Mundo, han delatado á los Pontífices y á sus Apostólicos Inquisidores de muchas proposiciones temerarias, erróneas y escandalosas, y han instado para que se condenen por la Iglesia, como se ha hecho. Son los que asentaron en la Corte Romana el Santo Oficio de la Inquisición en la forma que ahora tiene. Y por su parecer eligieron los Pontífices el Consejo supremo de Inquisición y Congregación de los Cardenales que gobiernan todas las Inquisiciones de Italia. Y por su influencia y decretos se conservan aquellas provincias limpias en la fe católica, con estar cercadas de naciones muy tocadas de la herejía. Y no sólo debe Roma, cabeza de la Iglesia, á esta gran casa tanto bien en lo espiritual, sino que en una ocasión bien sabida sus hijos la libraron de un

poderoso ejército que intentaba saquearla y reducirla á la última miseria.

De esta casa, los Pontífices Romanos y los Reyes Católicos han escogido los más insignes teólogos que en su nombre han enviado á los Concilios para que tratasen, confiriesen y disputasen las materias que se habían de definir y establecer por artículos de fe. De aquí han salido los Inquisidores Apostólicos contra la herética pravidad que, celosos de la conservación y aumento de la fe, y sirviendo de atalayas á la Iglesia, velaron para que no entrasen herejías y falsas doctrinas en España. De aquí los Reyes han elegido maestros de los Príncipes, sus hijos, para que les enseñasen letras y buenas costumbres, y cómo se habían de haber en el gobierno de tan grandes reinos como heredaban. De esta gran casa, los Reyes y Emperadores han sacado Confesores que guiasen sus conciencias y las encaminasen en las obligaciones de su estado, con lo cual conservasen y mantuviesen en paz y en justicia sus vasallos.

De aquí esta provincia de España escogía muy frecuentemente los Provinciales, y en solos ochenta y siete años, desde 1506, que fué Provincial quien asentó la observancia y extinguió el nombre relajado de la *Claustra*, hasta el de 1591 catorce Padres religiosísimos de vida reformada y ejemplar, celosos del rigor de nuestras Constituciones, amigos de la pobreza, verdaderos discípulos de Santo Tomás y de la doctrina de los Padres y favorecedores de los buenos ingenios, han gobernado esta provincia, y por su vigilancia y entereza se ha conservado con la grandeza, autoridad y nombre de letras y santidad con los Pontífices, con los Reyes y con el reino todo. Y así esta célebre casa ha sido y es la columna firme de la observancia, la madre de la reformation, la fundadora de las Provincias, la Atenas de las ciencias, donde acuden de las principales naciones de la Cristiandad á aprender lo que después enseñan y predicán en grande beneficio de sus patrias. Es la Academia y Colegio de los Maestros, Catedráticos, Inquisidores, Confesores y Preceptores de Príncipes y Reyes, el Seminario de los Provinciales, Obispos, Arzobispos y Cardenales.

Finalmente, es la cantera y oficina de mártires y varones apostólicos, que como soles han corrido velocísimamente con los rayos de su luz por ambos mundos, cuyos excelentes frutos de santidad y doctrina han experimentado la América con

sus dos soberbios imperios, el Perú y Nueva España; la Asia con sus dos islas de Luzón y los reinos de China y Japón; la Europa con las Españas y todas sus coronas; Italia y su cabeza Roma, deudora también á esta casa por un colegio que en su antigua y nembrada Minerva fundó para que enseñase la verdadera ciencia en las provincias de Inglaterra, Flandes y Alemania. Todas estas provincias, reinos y naciones, deben reconocer precisas obligaciones á esta insigne casa y á sus ilustres hijos, como de todo en particular se irá dando noticia y refiriendo en esta su Historia.

SECCION DE NOTICIAS

Audiencia pontificia.—El Papa recibió hace poco en audiencia privada á los oficiales, capellanes y soldados del acorazado inglés *Duncan*, que prestó grandes servicios, trasladando á Italia las víctimas de los terremotos de Mesina. Pío X les exhortó á servir fielmente á la Religión y á la Patria y les dió las gracias en nombre de los desgraciados por ellos favorecidos.

Una Reina monja.—La M. Adelaida de Braganza, en el mundo Duquesa de Braganza y por su nacimiento Princesa de Loewenstein, viuda de D. Miguel I que fué Rey de Portugal, ha fallecido en el pasado Diciembre en la abadía de Santa Cecilia de Ryde (Inglaterra). Era religiosa benedictina desde 1897 y fué expulsada de Francia con las demás monjas por el Gobierno masónico y jacobino. En sus últimos días fué asistida por sus hijas y por su hermano el Príncipe Carlos de Loewenstein, hoy P. Raimundo de la Orden de Santo Domingo. La ilustre Madre Adelaida murió santamente al tiempo que su hermano ofrecía por ella el santo sacrificio en la capilla del monasterio.

Horribles sucesos.—Cerca de Luca (Italia) paseábanse dos jóvenes amigos, en los últimos días de Noviembre. Al pasar por delante de una imagen de la Virgen María que se elevaba al lado del camino, uno de los dos la saludó quitándose el sombrero. El otro, queriendo hacer alar-

de de impiedad, se burló de él y de la Madre de Dios, profiriendo horribles blasfemias y, pareciéndole todavía poco, silbó á su perro, y cogiéndolo en brazos, le hizo besar la cara de la imagen. Pero en este mismo instante, cayó al suelo como herido por un rayo, víctima de una parálisis completa. Trasladado á su casa recobró el sentido, mas al querer hablar sólo dejaba escuchar un grito que imitaba el *guau, guau* del perro. Todo el vecindario acudió á oír sus ladridos, quedando horrorizado de semejante caso.

—Pocos días hace ocurrió en Berlín otro suceso digno de meditarse. El anarquista Ludit intentó matar á su esposa, disparándola un tiro. Creyéndola muerta, se disparó otro á sí mismo. Al ser conducido su cadáver al cementerio, se desbocaron los caballos que conducían el carruaje en que iba. Por la vertiginosa carrera, se hizo pedazos el coche y el cadáver quedó tendido en el arroyo. Unos barrenderos que pasaron por aquel sitio recogieron los restos del suicida y *en el carro de la basura* los trasladaron al cementerio. ¡Dignos funerales de un criminal!

La ignorancia de los fraltes. —En el mes de Diciembre partió de Marsella una comisión científica, compuesta de veinte personas, de las que nueve eran religiosos dominicos, con el objeto de hacer sondeos en el Mar Muerto (Palestina). Los profesores dominicos de la Escuela Bíblica de Jerusalén fueron encargados de dirigir los trabajos que duraron diez y ocho días y se efectuaron en un bote movido por vapor. Las investigaciones confirmaron el relato bíblico, pues en torno del lago se descubren claros vestigios de antiguas ciudades que fueron sepultadas por un cataclismo.

—En el Congreso Católico últimamente celebrado en Lisboa fué elegido por unanimidad Secretario de la Asamblea el M. R. P. Fructuoso de la Orden de Santo Domingo. Dicho Padre se ha distinguido por su celo en la propagación de las obras sociales. En este Congreso pronunció un discurso, electrizando á los oyentes con su elocuente palabra.

Causas de Beatificación. —En Roma se preparan actualmente los procesos de beatificación de dos siervos de Dios, pertenecientes á nuestra Venerable Orden Tercera: el V. Plácido Baccher, párroco que fué de la iglesia del Santo Nombre de Jesús (Nápoles) y la V. Sor Benedicta Bencourel, fundadora del santuario de Nuestra Señora de Laus, en Francia,

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.